

# Los dones

El mundo de Sophie era bastante distinto a cualquier elemento que hubiese acontecido anteriormente: ya no había guerras ni tristeza, en su lugar la represión, la sobreinformación, la manipulación masiva, la pobreza y las vejaciones habían sustituido cualquier elemento cotidiano, transformándose en algo tan habitual que resultaba muy extraño sorprenderse ante tal hecho. La brutalidad y el dolor campaban completamente a sus anchas y nadie parecía que pudiese poderle fin, de hecho para alguien como Sophie aquello resultaba de lo más normal: así era su mundo, no se preocupaba demasiado, no prestaba excesiva atención y, cuando lo hacía, era solamente para beber de los eslóganes prefabricados y rudimentarios que el sistema cocinaba para ella, de hecho, ella simplemente procuraba mantener la sonrisa como el resto de la población, aquella eterna sonrisa alimentada con la falsa sensación de libertad y poder que le hacían creer que tenía.

Ella era feliz así, no se planteaba nada más allá de eso.

Y no tenía ninguna razón para hacerlo.

Aquella noche hacía un frío especialmente intenso, parecía como si la naturaleza hubiese empezado a cantar una canción y sus notas de viento y escarcha empezaran a ser escuchadas por las flores y los mantos de hierba y poco a poco iban cayendo bajo su hechizo, consumidas cada vez más sobre aquel inesperado aliento.

La habitación apenas podía retener el poco calor que trataba desesperadamente de escapar por las rendijas de la puerta y los resquicios de la ventana, como una cruel metáfora de la prisión en la que también se encontraba la que se encontraba allí, parada en el centro de la habitación, mirando el inhóspito horizonte con su permanente sonrisa en los labios.

Las corrientes de aire circulaban a sus anchas por las calles moribundas, vacías de cualquiera que se atreviera a poder sus pies sobre las piedras y, sin embargo, a pesar del aspecto normal que podía tener aquel paisaje algo extraño estaba a punto de suceder, podía notarse en cada lugar al que se mirara, en los maullidos asustados de los gatos, el brillo especial y mucho más intenso de las estrellas o la resplandeciente luna que a veces asomaba entre la raída capa de la niebla. Sin embargo, nadie se fijaba en aquellas cosas, no tenían ninguna razón para ello y por tanto, no se percataron de que algo se abalanzaba sobre ellos a pasos agigantados.

De repente, en la habitación de Sophie algo comenzó a materializarse, era completamente inexplicable, en un momento no estaba y al siguiente una figura completa estaba justo delante.

La figura era una joven de aspecto imponente, su piel era pálida y frágil y sus huesos parecían resaltarse en cada uno de los recodos de su cuerpo parecía como si solamente se mantuviera en pie por su propia voluntad ya que su cuerpo no parecía muy proclive a hacerlo. Sin embargo, a pesar de ese aspecto, su apariencia en general transmitía algo más, una especie de aura de energía, desdén y frescor, que junto con el color púrpura de su cabello transformaban su visión en algo imponente y maravilloso.

Sin embargo, Sophie continuó sonriendo, completamente impasible ante lo que había sucedido bajo sus ojos.

- Soy el espíritu de la Furia – la voz de aquella mujer parecía extraña, como si no fuera realmente de este mundo, como si cada una de las palabras que pronunciara no proviniese de sus labios, sino de un lugar mucho más lejano, de un sitio mucho más oculto e incomprensible para la humanidad.

Sophie en esta ocasión sí la miró, pero como habría mirado a cualquier persona con la que estuviese hablando, realmente sin mucho interés y desde luego, para nada sorprendida.

- ¿No te parece extraño que un espíritu se haya aparecido en tu habitación? ¿No piensas decir nada? – el espíritu de la Furia parecía herido en el orgullo ante la impasibilidad que le profesaban y notaba como su voz comenzaba a encenderse al igual que su cabello.
- Realmente un poco – el tono arrastrado y lastimero de Sophie indicaba que realmente le interesaba bastante poco - ¿qué haces aquí?
- Llevamos años observando el mundo y hemos decidido...
- ¿Quiénes?
- ¿Cómo que quiénes?
- ¿Quiénes lleváis años observando el mundo?
- Antes que tu débil mente mortal no llegaría a comprender, seres que su simple existencia pone en juego a las energías del Universo para su propio disfrute.

Sophie continuaba sin parecer muy sorprendida, pero dejó que aquel espíritu contara lo que tenía que decir:

- Y he venido por una razón: el mundo ha caído, la humanidad está esclavizada sin saberlo y destrozada por unos pocos, viviendo continuamente en la miseria
- Eso es cierto – se atrevió a decir Sophie en un pequeño hilo de voz.
- Es necesario que las cosas cambien, que el equilibrio vuelva a restablecerse de una vez.
- Es completamente verdad.
- Es necesario que la gente se libere, que luche por lo que cree y construya desde las cenizas de lo antiguo un nuevo mundo, donde el hambre y la represión no sean más que palabras.

Sophie permaneció en silencio, y mientras el espíritu empezó a parecer más y más ardiente, escupiendo palabras como carbones encendidos, dispuesto a arrasar con todo aquello que se había construido:

- Pero la humanidad ya no tiene la energía para luchar, les han arrebatado todo y cada uno de los elementos que los transformaban en lo que eran, por eso estoy aquí Sophie, vengo para entregarte un regalo, algo tan preciado que te permitirá levantarte, empuñar la revolución y consumir a los poderosos en el fuego, mi regalo es la Furia, para que desencadenes una tormenta imposible de extinguir, capaz de vengar todos los crímenes pasados.
- No, gracias.

Esas simples palabras rompieron por completo las energías del espíritu, simplemente se quedó con la mirada vacía, aquella energía pura del Universo se había quedado sin respuesta, sin embargo no tardó en atreverse a contestar.

- ¡¿Cómo puedes ser tan insolente simple mortal?! Te ofrezco algo que nadie tiene en el mundo y te atreves a rechazarlo.
- No encuentro la razón para tener que aceptar eso.
- No quieres destruirlo todo, comenzar de cero.
- El sistema nos hace felices.
- Pero hace un momento admitías que era injusto y esclavista.
- Sí, pero eso no significa que no esté de acuerdo con él, nuestros líderes saben perfectamente lo que es mejor para nosotros.
- ¡Te han estado inculcando esas ideas durante años! ¡Son mentira!
- ¿Por qué sabes que son mentira?
- Por qué no tienen sentido, y además yo lo sé.
- Tu argumento es que lo sabes tú. Sin embargo, yo creo que el sistema está bien, habrán arrebatado todo a la humanidad pero me parece lo adecuado.

El espíritu de la Furia parecía tan enfadado que por un momento no supo cómo reaccionar, simplemente se quedó en el centro de la habitación, sin articular ninguna palabra y desapareció. Al instante, se desvaneció como si nada hubiese continuado allí.

Y Sophie continuó con su sonrisa.

No tardó mucho tiempo antes de que otra figura comenzara a perfilarse en los bordes del aire, en esta ocasión la figura era mucho más erguida: un hombre en el apogeo de su vida, de piel oscura y curtida, con un cabello largo y negro y una perilla que parecía un simple trazo de tinta justo en el precipicio de su mentón, su ropa era excesivamente holgada, pero al igual que Sophie parecía vestido con algo mucho mejor: una sonrisa, aunque esta era mucho más distinta, ya que transmitía calidez y seguridad, como si al mirarla demasiado supieras que iba a poder estar seguro permanentemente.

- Buenas noches Sophie, supongo que mi visita no te sorprenderá después del espectáculo montado por el espíritu de la Furia.

Sophie no reaccionó, y al personaje le pareció extraño ya que su actitud amable y educada conseguía transmitir una tranquilidad que normalmente era correspondida.

- Soy el espíritu de la Inteligencia y he venido a hacerte un regalo.
- No, gracias.
- ¡Pero si ni siquiera sabes de qué se trata! – exclamó sorprendido el espíritu.
- Sea lo que sea no lo veo necesario, soy feliz con lo que tengo y no necesito nada más para serlo.

El espíritu de la Inteligencia asintió pensativo, la frase que acababa de recitar era uno de los eslóganes que el sistema repetía continuamente en las calles, tratando de transmitir ese clima engañoso de que todo estaba perfectamente cuando en las casas apenas había un pedazo de pan que llevarse a la boca.

- Sin embargo, mi regalo es algo que probablemente te interesará bastante: se trata de algo que nadie en la humanidad tiene actualmente, antes tampoco era muy abundante pero con fortuna alguien conseguía obtenerlo, sin embargo, en la actualidad, el sistema ha destrozado por completo la capacidad de nadie para tenerlo. Mi regalo es la Inteligencia.

- No, gracias.
- Pero, con la inteligencia podrías conocer todo lo que sucede a tu alrededor, comprender el presente, entender que es lo que es cierto y lo que no, averiguar nuevas cosas y enfrentarte al sistema con la propia capacidad de tu mente. Serías capaz de conocerlo todo y utilizarlo para el beneficio de todos, tener los conocimientos con los que construir una nueva sociedad que sea la envidia de todas las anteriores.
- ¿Los sabios son felices?
- La verdad... - la voz del espíritu redujo un poco su intensidad- La verdad es que no, los sabios están tan abrumados por las preguntas del Universo que no son capaces de ser felices.
- Entonces no me interesa, yo soy feliz.
- ¿Pero como vas a ser feliz en esto? – preguntó mientras señalaba a su alrededor- Es imposible es feliz en una situación así.
- ¿Cómo es posible que sepas que no soy feliz por vivir aquí?´
- Es el sentido común.
- Pues yo lo soy y si no eres capaz de comprender eso, es que tal vez no sean tan inteligente como quieres hacerte creer.

El espíritu la miró un único segundo antes de desaparecer, solamente la palabra “Insolente” salió de sus labios mientras detrás de su partida quedaba el aire.

Y Sophie continuó con su sonrisa.

Pero el aire no tardó apenas unos segundos en volverse otra vez denso y coger forma, como el barro que se deforma con los dedos hasta dar lugar a otra nueva criatura, en esta ocasión se trataba de una mujer más mayor, de rostro sereno y firme, pero al mismo tiempo invitaba a confiar en ella. Sus ojos eran de azul cristalino y se fijaban en cualquier objeto que se encontrara desparramado en la habitación y su cabello, dorado en el que comenzaban a aparecer algunas canas, estaba recogido en un elaborado moño.

- Sophie, supongo que ya sabes para que estoy aquí, soy el espíritu de la Dignidad. No esperaba que rechazaras a todos mis antecesores, a pesar de que los dones que pretendían darte eran los regalos más preciados de toda la humanidad, junto a mí guardamos lo poco que le queda al hombre, lo poco que hemos podido recoger de los pequeños resquicios, barriendo de los rincones para poder entregarlo a alguien. Para encontrar un paladín que los portara y llevara a la humanidad a una edad de oro. Pero los has rechazado, no alcanzo a comprender por qué pero los has negado. Tal vez hayamos permanecido demasiado tiempo observando, impasibles mientras todo cambiaba a nuestro alrededor y, cuando por fin nos hemos dado cuenta, era demasiado tarde, sin embargo, teníamos la esperanza de que el sistema todavía no hubiese doblegado el espíritu de los hombres. Parece ser que nos equivocamos.

El silencio se hizo en la habitación tras la última nota de amargura que desprendía la voz de aquel espíritu. En esta ocasión la voz de Sophie fue la que interrumpió la crispada calma creada:

- ¿Por qué yo?

- ¿Por qué no? No había ninguna razón especial en no hacerlo. El sistema proclama que todos mantienen la misma equidad, que la humanidad es igual. Simplemente elegimos, daba igual a quien elegir.

El silencio volvió a establecerse en la sala, con una leve resignación el espíritu de la Dignidad continuó hablando:

- Sophie, vengo a ofrecerte el último regalo, en esta ocasión no te traigo algo tan espectacular como la Furia o interesante como la Inteligencia, sin embargo, te traigo algo que le ha sido arrebatado durante demasiados años a la humanidad, algo tan preciado que no puede describirse y con su existencia constituye el elemento principal de cada persona. Sophie, nunca lo has tenido y te lo ofrezco, te regalo la Dignidad, tu propia Dignidad.
- No, gracias.

Los ojos del espíritu comenzaron a enrojecerse y pronto sus lágrimas cubrieron sus mejillas, recorriendo poco a poco su rostro hasta caer una a una al suelo consumido y desvencijado:

- No lo hemos logrado, hemos llegado tarde – voz estaba completamente rota, resultaba extraño ver a una fuerza del Universo en ese estado- Sophie, sé que no puedes comprenderlo, pero la Dignidad te hará sentir que entiendes lo que vales y lo que valdrás, entenderás lo que merece cada ser humano simplemente por serlo y lo que te han estado arrebatando todo este tiempo, debes aceptarlo
- No lo haré, no lo necesito.
- ¿Realmente eres feliz así?
- Siempre me han hecho creer eso y es lo que piensa todo el mundo. Si algo lo cree todo el mundo no puede ser mentira, aunque no tenga comida, ni furia, ni inteligencia, ni dignidad.

El espíritu cayó de rodillas sobre el suelo, su misión había sido un desastre, ni siquiera con los mayores dones habían conseguido derrocar al sistema. Una mano le obligó a levantar el rostro y se encontró con la sonrisa de Sophie. Pero en esta ocasión era distinta, parecía verdadera, como si detrás de aquel gesto hubiese un verdadero sentimiento:

- Muchas gracias espíritus por el ofrecimiento pero no necesito ninguno de los regalos que me habéis ofrecido, ni la Furia, ni Inteligencia, ni Dignidad. Porque sin ellos no soy nadie. Quiero ser nadie, nadie no tiene remordimientos, nadie no importa, nadie no es imprescindible, nadie no tiene ni furia, ni inteligencia ni dignidad, pero nadie tiene la capacidad de obtenerlo con su propio sudor, nadie tiene la capacidad de luchar, nadie provoca una revolución y nadie muere. Nadie puede cambiar el sistema. El sistema cambiará por nadie. Y ser nadie es el regalo más provechoso que existe.

Y Sophie continuó con su sonrisa.